La nota internacional

Capitalismo, raíz común de los imperialismos

El capitalismo es como ese árbol que plantamos en nuestro jardín. Va a crecer por nuestro cuidado y alimentarse de nuestra tierra. Hasta que adquiera la fuerza suficiente para prescindir de nosotros y vivir exclusivamente de su tierra que ya habrá dejado de ser nuestra. Entonces y con el tiempo sus ramas se meterán por nuestra ventana y su raíz, si le dejamos alcanzar la potencia que suele adquirir, destrozará el jardín y desde el fondo de la tierra surgirá debajo de nuestro hogar para despedazarlo.

Los que hablan de la crisis de la civilización occidental y buscan remedios para sus males, confunden —cuando son certeros—, el efecto con la causa. Incluso yerran quienes aspiran a limitar y reencauzar el capitalismo, paliando sus efectos. Toda la civilización occidental es, desde hace siglos, capitalista, aun cuando su origen nada tenga que ver con cuanto ocurrió después. La civilización capitalista trae en su misma esencia males irremediables que padece el mundo.

El capitalismo es una fuerza ciega que no admite ni reconoce más ley que la de la vida: la ley de su expansión, su multiplicación incesante y desenfrenada. Es el ser o no ser del capitalismo: o se reproduce, amplía y crece, o deja de ser capitalismo. Ni él tiene otra salida ni el mundo puede honestamente forjarse otra ilusión.

El capitalismo que no reconoce fronteras, tampoco distingue nacionalidades y soberanías, se afinca, sí, en naciones que convierte en base de operaciones, en el indispensable punto de apoyo para proyectarse.

Pero cuando esa base se agota, cuando surge otra con mayores perspectivas, el capitalismo se traslada de una a otra con la naturalidad de un hecho irredimible. Véase si no el caso del capitalismo que pasó de Gran Bretaña a Estados Unidos provocando, de paso, la hegemonía de una nación en detrimento de aquella.

Ante, sin embargo, los dueños de una y otra base luchan entre sí. Pero son forcejeos internos que no afectan ni la esencia ni la realidad del capitalismo.

El capitalismo es el punto de partida y la razón de ser de los imperialismos económicos y políticos. Una forma de imperialismo actúa en función de un puñado de hombres que colocan al Estado o los Estados al servicio de su capital; pero adquiere otra forma cuando actúa como capitalismo estatal, aunque el efecto sea el mismo: la explotación del hombre que trabaja.

En nuestra América Latina el imperialismo capitalista se ha extendido con diversos nombres y disfraces: Declaración Monroe, Diplomacia del Dólar, Buena Vecindad y Solidaridad Continental. Es el momento en que el imperialismo con sede en los Estados Unidos desplaza a los otros y convierte al Continente en su campo de explotación. La preferencia que se asigna aquí al imperialismo norteamericano aparece así exigida por su presencia monopolizadora en Latinoamérica. Y la amplitud asignada a sus asaltos iniciales, a los casos más típicos de su primer siglo

de explotación en el continente, resulta necesaria porque en esa invasión descarnada, en el desmembramiento de los pueblos latinoamericanos, en la absorción del Continente por el capitalismo, aparecen todos los elementos y conquistas que después —en la época actual— van a mantenerse y ampliarse con otros medios y técnicas que está conociendo y padeciendo América Latina contemporánea.

Texto extraído de: *La Escoba,* segunda quincena de junio de 1953, p. 4.